

# **DOSSIER**

# **AMÉRICA LATINA COMO**

# **«CIVILIZACIÓN»**

## **Presentación**

**Andrés Kozel**

Andrés Kozel es sociólogo por la Universidad de Buenos Aires y doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Es investigador del CONICET y profesor de la Maestría en Estudios Latinoamericanos de la UNSAM.

Tal como acontece con la mayor parte de las categorías de su tipo —asociadas a gigantomaquias desventajadas o promisorias—, *civilización* es, a estas alturas, una palabra cuestionable y problemática. Sin embargo es también, todavía, un término convocante, que conserva algún prestigio y que ostenta un considerable espesor.

Hay, en efecto, quienes continúan viendo en ella capacidades explicativas o, con mayor prudencia, potencialidades asociadas a la reposición o activación de debates que se esperan fecundos. Paralelamente, en modo alguno resultaría excesivo hacer referencia a una *saga civilizacional*, tanto en un sentido general como específicamente latinoamericano. Incluso aquellos historiadores y antropólogos más reticentes al uso de la categoría *qua* clave intelectual para el abordaje de procesos históricos admitirían que la existencia de la aludida saga, con sus planos y pliegues, autoriza, e incluso exige, esmerarse en perfilar adecuadas historias intelectuales y culturales del concepto, de sus inscripciones contextuales, de sus variados usos, de sus deslizamientos y metamorfosis, de sus eclipses y fulguraciones. En otras palabras, si es cierto que cabe rechazar, matizar o poner en entredicho, acudiendo a argumentos de variado orden, la pertinencia explicativa de la categoría, mucho más difícil sería desconocer su pertinencia cultural acumulada, su significación.

Historiar la *saga civilizacional*: he ahí, pues, un primer convite de peso. Se trata, por supuesto, de Sarmiento, pronunciada esta palabra no tanto como nombre propio cuanto como emblema de los usos decimonónicos de la noción. Pero se trata, también, de los usos que se le fueron dando a la categoría a lo largo del siglo XX e incluso en la actualidad. El magnífico ensayo de Hernán G. H. Taboada que abre el dossier no elude el convite. Por el contrario, se adentra en él, y nos ofrece un cuadro panorámico, a la vez que riguroso y pleno de matices, de la saga civilizacional.

El artículo de Perla Valero aborda una de las peripecias decimonónicas de la categoría, no exenta, por cierto, de aristas paradójales. Nos recuerda aquel otro uso primordial, mucho menos sensible a la diversidad cultural. Seguidamente, el aporte de Florencia Grossi recuerda los trazos principales de los aportes de Arnold J. Toynbee. Con matices, ritmos e intensidades que la autora intenta precisar no tanto en dicho artículo cuanto en su investigación de tesis, las ideas del otrora célebre pensador británico laten en las elaboraciones textuales de Alfonso Reyes, Víctor Raúl Haya de la Torre, Julio Irazusta, Leopoldo Zea, Darcy Ribeiro. Por su parte, Camilla dos Santos Nogueira realiza un esfuerzo análogo en relación a la figura de Darcy Ribeiro, uno de los pensadores latinoamericanos que con mayor determinación y fecundidad empleó la categoría.

La colocación, al cierre del dossier, del texto “La civilización emergente”, de Darcy Ribeiro, publicado en 1984 en la revista *Nueva Sociedad*, se efectúa a guisa de homenaje, buscando llamar la atención sobre la candente actualidad de varios de los planteamientos del pensador brasileño. La referencia es útil, también, para recordar que lidiar con la categoría civilización no es solamente historiar alusiones, modulaciones, recreaciones. Si la categoría atrae por su pertinencia acumulada y por su problematicidad teórica, también lo hace por su desafiante actualidad e, incluso, como en el caso de aquel artículo de Ribeiro, por su valor prospectivo.

Entre las recuperaciones de la categoría que más contribuyeron a la apertura de uno de los cauces más desafiantemente actuales de la saga civilizacional destaca la perfilada por Guillermo Bonfil Batalla en su clásico *México profundo, una civilización negada* (México, SEP, 1987). La medular cuestión de los pueblos indígenas y su lugar en nuestras sociedades, asunto en cuyo tratamiento descolló, en su momento, Bonfil, es abordada por Guillermina Genovese en su análisis de los aportes de Raúl Prada Alcoreza, intelectual boliviano para quien la noción de *vivir bien* queda ligada al perfilamiento de un nuevo paradigma civilizatorio. Es abordada, también, desde otro ángulo, por Manuel Fontenla, en su reseña de la novela de tema diaguita de Juan Federico Sosa. Una civilización negada que reemerge para avanzar hacia una nueva configuración civilizacional: he ahí una fórmula simple por medio de la cual cupiera condensar, desde el específico mirador que ofrece esta saga, parte de los complejos procesos catalizados en América Latina por la circunstancia del V Centenario, aunque no sólo por ella.

La desafiante actualidad de la categoría civilización procede, en una importante medida, del “efecto Huntington”, derivado de su artículo de 1993, y luego reforzado por su libro (*El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997). En América Latina, el planteamiento de Huntington generó algunas respuestas, como la ofrecida por Adolfo Colombres en su libro *América como civilización emergente* (Buenos Aires, Sudamericana, 2004). Manifiesto nuestro-americanista que se ubica abiertamente en la línea de pensadores recién mencionados, como Ribeiro y Bonfil, el ensayo de Colombres termina discutiendo más con, por caso, la propuesta analítica de Néstor García Canclini (la noción de hibridación, su elogio, su eventual vínculo con la globalización y la des-civilización que supone) que con el enfoque huntingtoniano propiamente dicho. Más acá de esto, Colombres reconoce certeramente la que a mi modo de ver es la moraleja capital para una lectura en clave latinoamericana del libro de Huntington, a saber, el hecho de que en su

páginas se *“nos atribuye un grado de autonomía que aún no se manifiesta del todo en los cuadros políticos que dirigen los destinos de nuestro subcontinente”* (p. 22).

El ensayo de Colombres es importante para los Estudios Latinoamericanos. Lo es en su condición de condensador de aspectos medulares de la saga civilizacional (conviene recordar que el libro apareció justo cuando iniciaba la fase llamada posneoliberal); lo es también, en su carácter de potencial disparador de debates ligados a la instalación de la interculturalidad como horizonte e, igualmente, a las implicaciones políticas de la cuestión civilizacional (intelectuales, lingüísticas, ambientales, comunicacionales, educativas, artísticas). Considero que las tensiones del pensamiento de Colombres, y muy en especial una tensión que no es exclusiva de él pero que late fuertemente en su elaboración –me refiero al contraste entre su diagnóstico de la época, asaz sombría y de talante filofrankfurtiano, y su optimismo en relación con la causa de la emergencia civilizatoria nuestroamericana– invitan a ser debatidas a fondo. Interesa consignar asimismo que una lectura sistemática de esta serie de materiales llevaría a establecer deslindes entre la imagen de la aludida emergencia civilizatoria –empleada por Colombres– y las imágenes de “pueblos emergentes” y de la “emergencia civilizatoria” –introducidas por Ribeiro para referirse, según entiendo, y tal como puede apreciarse en el artículo de 1984 antes mencionado e incluido aquí, a cuestiones de otro orden–.

Una sensación personal sobre la que no quisiera dejar de insistir es que, para los Estudios Latinoamericanos y, también, para una perspectiva latinoamericanista consecuente, el ya mencionado libro de Huntington sigue constituyendo un hito capital. Ha transcurrido ya un cuarto de siglo desde su aparición y, sin embargo, da la impresión de que los Estudios Latinoamericanos “latinoamericanistas” –sí se me permite la expresión– no se han puesto a desenrollar seriamente todos los ovillos que contiene. Entre los múltiples aspectos a tomar en cuenta del enfoque huntingtoniano quisiera poner de relieve cuatro: en primer lugar, su insistencia en la superioridad analítica del enfoque civilizacional en relación con los demás paradigmas disponibles para pensar la política mundial en la posguerra fría. En segundo lugar, su puesta en cuestión de la imagen de un mundo “crecientemente occidentalizado”. En Huntington, modernización y occidentalización no son sinónimos; lo que él entrevé es un mundo más moderno aunque menos occidental. En tercer lugar, su caracterización de América Latina como civilización débil, dependiente, emparentada con Occidente, aunque distinta y escindida en su apreciación del mismo, y en tránsito (un tránsito lento y de final abierto, dudoso) hacia una “convergencia cultural” con esa entidad (una convergencia más deseada, en principio, por sus elites que por sus pueblos). Por

último, sus anotaciones sobre Brasil (cuyo papel intracivilizacional homologa al de Irán en la civilización islámica) y México (al que visualiza inmerso en un proceso de redefinición cultural, i. e., en una norteamericanización no necesariamente compatible con su democratización).

América Latina como civilización débil, dependiente, escindida, sin un liderazgo intracivilizacional claro, y mayormente conducida por elites cuyo proyecto occidentalizador tiende a ser resistido por las mayorías, lo cual tensiona las pretensiones democráticas... Se trata, sin duda, de una imagen vigorosa, de importantes potencialidades analíticas. No se trata de estar o no de acuerdo (total o parcialmente) con Huntington. Se trata de tomarse en serio sus planteamientos, de estar a la altura de los desafíos que implicaría matizarlos, rebatirlos, ponerlos en cuestión, desplazarlos por otras argumentaciones, por nuevas tesis.

¿Sería excesivo sostener que entre los efectos de la aparición del libro de Huntington ha de contarse la publicación, en China, de *La Gran Serie Civilización Mundial*, en varios volúmenes, uno de los cuales –el oncenno– quedó dedicado a América Latina...? Quizá no lo sería tanto. El artículo de Jingting Zhang nos permite conocer aspectos generales de dicha iniciativa, realizada bajo la dirección del profesor Ru Xin, de la Academia de Ciencias Sociales de China, y del aludido tomo oncenno, escrito por los profesores Hao Mingwei y Xu Shicheng.

¿Sería excesivo afirmar que otro efecto de la aparición del libro de Huntington es la fascinante reelaboración del enfoque civilizacional en la que viene trabajando, en Rusia, Yakov Shemyakin? En un afán que recuerda al mejor Leopoldo Zea –el de *América en la Historia*, libro-bisagra de 1957–, Shemyakin ha introducido la categoría de *civilización de tipo fronterizo* (*borderline civilization* en inglés, *pogranichnye tsivilizatsii* en ruso), postulando que América Latina y Rusia son, precisamente, entidades de ese tipo específico. Quien se adentre en los aportes de Shemyakin podrá constatar su profundos conocimientos teóricos, históricos y latinoamericanistas –su aparato de citas va de Karl Marx a Immanuel Wallerstein, de Max Weber a Guillermo O'Donnell, de Fernand Braudel a Bolívar Echeverría–, su ajustada lectura de la obra de Huntington, su capacidad para convocar de manera pertinente e iluminadora a autores rusos como Grigory Pomerants, Valery Zemskov, Yuri Yakovets. Un aspecto a explorar con detenimiento alude a la compatibilidad/incompatibilidad entre la propuesta del investigador ruso y la tipología de Huntington; en la segunda, Rusia y América Latina habían quedado ubicadas en tipos distintos, con escasa afinidad. Hemos de agradecer al profesor Shemyakin la disposición a

atender nuestras consultas, así como la autorización para reproducir aquí un estimulante ensayo de su autoría, originalmente publicado en la revista rusa *Iberoamérica* (4, 2007).

En suma, aun si puesta en entredicho, la categoría civilización no puede ser graciosamente desconocida o negada. No puede serlo debido a su innegable espesor, ligado a su no menos indiscutible significación cultural. No puede serlo, además, dada su desafiante actualidad, emblemática en la centralidad alcanzada por el libro de Huntington y en sus eventuales y variados efectos, pero también en el hecho de que parte de los procesos socioculturales latinoamericanos en curso se está desplegando, precisamente, en clave civilizacional.

En particular, los Estudios Latinoamericanos y, más concretamente, la tradición latinoamericanista –una tradición que en estos *Cuadernos* nos hemos propuesto cultivar–, difícilmente podrían renunciar a lidiar con ella. Fundamentalmente, porque es una de las categorías principales para pensar, en cierta escala, los denominadores comunes que han ido caracterizando y, por tanto, definiendo a la entidad histórico-cultural que llamamos América Latina en relación a las otras entidades histórico-culturales que son, eventualmente, sus homólogas.

Estimo que es posible argumentar que parte no desdeñable de las objeciones que pueden hacerse a una categoría gigantomáquica como es civilización pueden ser, como mínimo, puestas entre paréntesis si se tiene la precaución de recordar que ella puede funcionar para ver determinadas cuestiones en una no menos determinada escala. Acudiendo a una analogía desgastada pero que puede todavía ser ilustrativa en este contexto, no se utiliza un telescopio para estudiar una intervención psicosocial ni, tampoco, el comportamiento de una colonia de bacterias o las fases de la mitosis celular. Es probable que, para los Estudios Latinoamericanos, y para una perspectiva latinoamericanista, renunciar por completo a la disposición gigantomáquica –a la frecuentación de categorías-telescopio– sea un impulso más paralizante o autodestructivo que fecundo. En vez de ello, parece más saludable hacerse cargo del espesor y de la significación, de los convites y de los desafíos, que portan las categorías-telescopio como civilización. Entre esos convites y desafíos figura en primer lugar la necesidad imperiosa de evitar toda propensión sustancialista. Esto significaría manejar una versión de la categoría que sea sensible, desde luego, a la historia, pero también a la diversidad, a la heterogeneidad, a la complejidad, a las porosidades, a las tensiones dinámicas.

Desde luego, civilización no es la única categoría-telescopio que puebla nuestros anaqueles. Hay otras. Por ejemplo, *ethos*, concepto que ya hemos trabajado en otros lugares

y que nos proponemos seguir asediando. Las nociones de *ethos* católico o *ethos* barroco, así como los intensos debates sobre perdurabilidades, transformaciones y floraciones de diversidad que han suscitado y suscitan, son en buena medida parientes de la categoría civilización y sus latencias. Pareciera que no es tan distinto lo que acontece con otras categorías como tradición o cultura política ibero-católica (contrapuesta a la anglosajona), comunidad (contrapunteando con sociedad), mestizaje y algunas otras.

¿Es legítimo hablar de un *ethos*, de una tradición religiosa, de una cultura política en América Latina? ¿Lo fue alguna vez? ¿Cómo combinar el reconocimiento de la complejidad, de la diversidad, de la heterogeneidad, con la búsqueda de denominadores comunes? ¿Es satisfactorio, para ello, acudir a la imagen del telón de fondo o canevá primordial donde la palestra de diversidades resulta finalmente digerida, asimilada? ¿O son necesarias otras construcciones teóricas? ¿Tiene la categoría civilización y sus pliegues, con aquel espesor dado por su pertinencia cultural acumulada, algo para ofrecer a estos debates?

De nuevo, parte de la respuesta a esta serie de preguntas parece radicar en admitir que los Estudios Latinoamericanos requieren manejarse en distintas escalas, sin renunciar a la clásica disposición gigantomáquica, cuasi-constitutiva de este espacio de convergencia disciplinar. Al desplazarse de una escala a otra es probable que sea preciso realizar ajustes, tanto conceptuales como relativos a las formas de validación empírica. Al insistir en la utilización de categorías forjadas en contextos teóricos relativamente menos sensibles a estas cuestiones, es seguro que sea necesario introducir precisiones, deslindes, innovaciones.

Junto a Marcelo J. González hemos buscado poner de relieve, en una contribución anterior, que uno de los supuestos medulares de los Estudios Latinoamericanos y, más específicamente, del latinoamericanismo como tradición cultural radica en concordar que América Latina es una entidad histórico-cultural con alguna especificidad o diferencialidad en relación con otras entidades homólogas, en particular con Occidente, con la experiencia dominante de modernidad. A lo largo de su historia, el pensamiento latinoamericano ha recreado una y otra vez este horizonte problemático. La aludida especificidad o diferencialidad fue siendo declinada de distintos modos, por lo general de manera insatisfactoria, insuficiente, inacabada. Pese a ello, no es excesivo sostener que, si el latinoamericanismo es algo, es justamente eso: un bosque de símbolos desparejo, específicamente ocupado en la renovada modulación de aquella imagen fundacional del “pequeño género humano” que acaso hayamos sido, que tal vez seamos. Considero que uno de esos modos corresponde a la imputación civilizacional. Considero asimismo que la

imputación civilizacional no se agota necesariamente en sí misma, sino que, con las prevenciones del caso, puede ser legítimamente puesta en relación con otras imputaciones del mismo estilo.

No hay duda de que quien incursiona en estas sendas y meandros se adentra en terrenos cenagosos, de los cuales pareciera que es difícil salir indemne. Sin embargo, con frecuencia se ganan cosas en estas exploraciones: riqueza de argumentos, densidades simbólicas, matices, contrapunteos. Además, no todo en estas sagas es igualmente culpable de esquematismo, de simplificación, de esencialismo. Zonas significativas de sus estaciones, parte de sus cultores, han ido sabiendo eludir esos y otros riesgos. El presente dossier ha buscado constituirse en un muestrario productivo de lo que pueden ganar nuestros estudios, nuestra perspectiva, si se disponen a asumir, con todas sus implicaciones – incluyendo, desde ya, aquellas más incómodas–, una categoría como la de civilización, la imputación que presupone, las formidables proyecciones que conlleva.